

# Tres cartas para Roberto Bolaño y una respuesta

---

*Uriel Martínez*

Llegué a la Ciudad de México en diciembre de 1973, donde anteriormente había trabado amistad con Mario Santiago Papasquiaro y otros poetas. Por ese entonces había tres talleres en la UNAM: al de Juan Bañuelos asistíamos unos, al de Óscar Oliva otros y al de Miguel Donoso Pareja otros. Entre aquéllos y éstos se fraguaron algunas revistas independientes de carácter, naturalmente, efímero: recuerdo *Zarazo* y *Tercera imagen*, que cocinaron y alimentaron voces, más adelante, vinculadas con y afines a los Infrarrealistas; voces ya calladas por la vida. Así conocí a algunos de los protagonistas de *Los detectives salvajes* sin que necesariamente Mara Larrosa, Darío Galicia o Bruno Montané hayan encontrado un “ensamblaje” literario en las 609 páginas de esa novela epígono de *La montaña mágica*, pues la obra de Roberto Bolaño no es un diario sino un ajuste de cuentas con el pasado, la juventud, la vida. Desde entonces, mediados de aquella década, había síntomas de que algunos habían nacido para morir, como James Dean, temprano. Uno de ellos fue víctima de un aneurisma cerebral y hubo meses enteros en que no reconoció ni a su familia; otros se fueron del país; unos más acallaron sus voces para vestir saco y corbata; hubo quienes emigramos al interior del país. En suma, la ciudad de Efraín Huerta y José Revueltas, también fallecidos, nos rechazó como ahora a los grafiteros, que a su modo son también poetas clandestinos de la urbe.

Roberto Bolaño:

Zac., 5. VII. 2000

Acabo de terminar la lectura de *Los detectives salvajes*, que me ha conmovido, es como volver a ver a Mario Santiago con su pelo enmarcándole el rostro, es como hojear de nuevo un libro de Efraín Huerta en donde hallaré las palomas y los asteriscos rojos de mi amigo (muerto) y sus versos que parafrasean los del autor de “Los eróticos y otros poemas”. Me conmovió el episodio en que Mario Santiago habla dormido en casa de

Amadeo Salvatierra (qué personaje tan tierno, que bebe mezcal Los Suicidas), qué conmovedor ver a Cesárea Tinajero vieja y gorda como un elefante, su muerte se enmarca en un paisaje cinematográfico —ahora que lo expreso me recuerda alguna escena de Arturo Ripstein—; la lectura de tu novela me llevó a abrir la “Asamblea de poetas jóvenes” y a leer el poema de Darío Galicia, a buscar en mi librero “Muchachos desnudos bajo el arco iris de fuego”, a recordar a don Miguel Donoso, ahora viviendo en su país (Ecuador). Te envió dos libros a cambio de dos tuyos.

*UM*

Amigo Roberto Bolaño:

Zac., 3 sept. 2000

Llegué a Zacatecas el 5 de mayo de 1997 a raíz de una oferta de trabajo; la llegada significó para mí el regreso a Ítaca luego de una emigración a edad temprana (7 u 8 años de edad = la infancia). ¿Qué me hizo retornar?, seguramente aquí sepultaron mi cordón umbilical; además aquí reposan los restos de mi padre (Manuel) y mis abuelos (Francisco y Jesús) y aquí viven los hermanos (5) de mi papá y sus hermanas (2). Mi abuela materna está sepultada en Torreón (Coahuila) y mi madre en Lerdo (Durango). Creo que por esto mi corazón está parcelado en distintos puntos de este país.

Creo que retorné a Ítaca en un momento crítico para mí (vísperas de mi cumpleaños), Zacatecas (el siguiente diciembre cayó una seria nevada) y el país (fin de una era política). Con todo y eso, desde tiempo atrás yo sabía-intuía que el siguiente paso importante en mi vida era el regreso a mi tierra, pues mis ancestros me llamaban, me esperaban, me urgían.

Cada mudanza —en mi caso— es una forma distinta de quemar las naves (qué manera tan ingenua de platicarle a alguien que su vida ha sido una cadena de naves quemadas). Algo debo tener del judío errante, del predicador franciscano, del marinero en tierra extraña, del sudamericano que jamás abre del todo sus maletas, del corresponsal de guerra que no le alcanza el tiempo para asear a fondo su casa, su menaje.

*UM*

Amigo Roberto Bolaño:

Zac., 7 oct. 2000

Llegué a esta ciudad el 5 de mayo de 1997, siete meses antes de una nevada que hacía como cuatro décadas que no se veía en Zacatecas. Al poco tiempo me encontré a un director de teatro que fue mi compañero en un taller de dramaturgia en México. Con él, conocí a tres norteamericanas –la menor como de 16 años, poeta–, a quienes les hablé de un amigo poeta (Bruno Montané) que, cuando probó por vez primera el tequila, dijo “Sabe a ceniza”. Natasha, es el nombre de la joven, escribió en una servilleta de papel –estábamos en un restaurante bar bebiendo tequila y cerveza–: “The taste of ashes/ turns into the/ mind of enchantement/ the love of the/earth turns into/ ashes.”

Servilleta que todavía guardo para, un día, regalársela a Bruno, ¿dónde vive?

En junio fui a México. De ahí le hablé a Mauricio, que acababa de regresar de Holanda, a donde fue, creo, a dirigir una puesta en escena, le pregunté si algo le recordó a Zacatecas –cuando estuvo aquí, una noche en la calle me dijo “mira, esta parte”, señaló una fachada con balcones, “me recuerda Portugal”– y Mauricio me contestó que el cielo holandés, “pero es más hermoso el de Zacatecas.” Gracias por la postal. Uriel Martínez.

Querido Uriel:

Qué alegría tener noticias tuyas. Recuerdo que en las afueras de Zacatecas lo que privaba era el color rojo: me pareció una ciudad árabe. O que yo estaba soñando. Y a ti te recuerdo como una buena persona: uno de los pocos que sólo quería ser feliz, que no querías hacerle daño a nadie. ¿Sí fue el café La Habana en el mismo sitio? Probablemente ya no te acuerdas (ni falta que hace), pero en una ocasión te defendí de los turbulentos hermanos Méndez y de otros que yo también he olvidado. Creo que es una de las pocas cosas buenas que hice en México. Recibe un fuerte abrazo. Roberto.



Handwritten signature or mark.